

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

El pecado que la vida, la mujer que arroja su caso, el magistrado que desampara sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el mundo que ora y ayuna.—Léves.
Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor. Mortales, todos los humanos.—Voltaire.
Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—Kant.
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el punto bien.—Kant.
Que la Verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos por el viento los troncos, y se estremen bajo el furo de los atormentados del viento de oro si se interponen en su camino. ¡Pase, paso a la Verdad divina!—El Espíritu del siglo.

No mates, no hurtas, no mientas, no prevariques, honra a tus padres; en suma, cumple la ley de Dios, amándolo y sirviéndolo.—Moisés.
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—Mansa.
Conócete a tí mismo.—Sócrates.
Trabaja para extinguir al mal; embellece la tierra cultivando de vegetales y animales útiles.—Zoroastro.
Todos los humanos son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.—Buda.
Antes los vases a los otros.—Sed perfectos como nuestro Padre, que está en los cielos.—Jesús.
La piedad no consiste en volver el rostro hacia Levantado o al Poniente. Piadoso es el que socorre a los huérfanos, a los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, se pacifica en la adversidad. El que así justos y teme a Dios clemente y misericordioso.—Mahoma.

NÚM. 4.

Madrid, trim. 2 pías. Ultramar, id. 12 pías.
Provincias, id. 2,50. Ultramar, id. 20.
Número suelta del día, 10 cént. Atrasado, 25 id.
El pago se hace por trimestres adelantados.

La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.
Administración: Corredora baja, 96, segundo.

Domingo 25 de Febrero de 1883.

Redactores: Ramon Chies, Demófilo.

La redacción no responde de los artículos firmados.
No devuelve los manuscritos.
La Administración no admite anuncios de pago.

AÑO I

El problema social.

Una verdad palmaria enseña la meditada lectura de la historia humana. Esta verdad es que la civilización, ó sea el conjunto de adelantos y perfeccionamiento que constituyen el progreso, se ha realizado por ascensiones sucesivas de la masa social, primitivamente sujeta por la ignorancia y por la fuerza del yugo de unos pocos, al goce de las riquezas, ilustración, derechos y bienestar que por privilegio acaparaban sus crueles y egoístas dominadores.

Ley fatal de la limitación humana ha hecho que todas estas grandes ascensiones se hayan verificado entre trastornos, luchas y explosiones horribles, que bien de espanto cuando se examinan en sus sangrientos detalles. La fuerza de resistencia de los privilegios ha obligado á los aspirantes á la igualdad á desplegar en el ataque una violencia que parece reñida con la santidad de su causa. El egoísmo sobrexcitado de los conservadores del régimen atacado ha inspirado á sus explotadores refinamientos de barbarie, que en muchas ocasiones ha precipitado su ruina y les ha señalado de infamia. Todos aparecen compitiendo en vileza de medios, y tintos en sangre de enemigos.

Apénase el alma al examinar, pasados muchos siglos, que aquellos enemigos eran hermanos y tenían, como tales, comunes intereses. Consuela, sin embargo, contemplar que, á pesar de las resistencias de los unos, de los ataques inoportunos ó exagerados de los otros, el bien posible se realiza, y, tras la tempestad de los combates, aparece el sol iluminando una más ancha y más humana justicia.

La última catástrofe de este género que ha conmovido la humanidad, es la Revolución francesa. Esta revolución, de cuyo espíritu se alimenta y alimentará aún por muchos años la Humanidad, aunque se propuso la redención de todos los hombres, esto es, la igualdad de todos los llamados estados; no acertó á nivelar sino tres, elevando la clase media al goce del derecho político, de la propiedad, de los honores y comodidades que eran anteriormente patrimonio exclusivo de los reyes, el clero y la nobleza.

Ni los nobilísimos arranques de los revolucionarios franceses, que todos se sacrificaron por la causa humana, ni las sublimes concepciones igualitarias de sus filósofos, acertaron á hacer partícipes por igual, en lo que humanamente es posible y realizable la igualdad, tanto de la riqueza social como del derecho, á la totalidad del cuerpo social, á la universalidad de los ciudadanos.

Y se ve todavía, en las más ilustres y adelantadas naciones del mundo, que el estado, como la estatua de Babilonia, es mezcla de diversos materiales más ó menos preciosos, y que, como ella, ¡oh desgracia! tiene los fundamentos de barro. Por bajo de una aristocracia, que ya no nace de la sangre, del talento, del valor ó de la sabiduría, sino que se origina de una sola fuente, la riqueza, existe una masa hambrienta y desposeída, un cuarto estado de proletarios, productores en definitivo exámen de toda riqueza, y sólo de ella participantes, con irritante desigualdad, en parte mínima y apenas suficiente á conservar una miserable existencia que, más que vida, parece perpetuo sufrimiento, castigo continuo y riguroso.

Todas las revoluciones que de ochenta años acá han agitado la Europa, todos los trastornos en perspectiva, sólo reconocen por origen esta constitución social. La razón no concibe la paz en el mundo interín este estado de cosas no desaparece mediante la participación del proletariado en el bienestar social. O ha de arrancarse al proletariado la conciencia, y con ella la inteligencia y el corazón, ó eternamente habrá de conocer la injusticia

de que es víctima y sentir profunda indignación contra ella. De esto, á alzarse iracundo y remover la sociedad, trastornándola de arriba á abajo, exponiendo el mundo con estas conmociones á una dislocación, sólo hay un paso, que la ira ó la utopía dan en un minuto.

De ordinario las gentes que por su indiferencia hacia todo pretenden pasar por sensatas, consideran exageradas las pinturas que de las desigualdades sociales se hacen, y los vaticinios que sobre el porvenir se adelantan, los tienen por sueños. De pronto, una insurrección formidable surge, y entonces su temor no reconoce límites, y el miedo les inspira las mayores cobardías ó inauditas maldades: todo lo encuentran bueno para apagar el volcán.

No hay duda que el siglo en que vivimos no presenta en nuestro país aquellas odiosas tiranías de las pasadas edades. Empero, cuanto va dicho es cierto: existen desigualdades antihumanas cuyo análisis es preciso hacer, y cuyo remedio es perentorio buscar para todo el que tiene entrañas y desea para la sociedad asiento fijo é incommovible. Las luces de nuestros días, las crecientes necesidades de todas las clases, los adelantos de las ciencias y de las artes, en vez de ofrecer una garantía de reposo y estabilidad, exigen, por el contrario, dar cuanto antes satisfacción á las necesidades del proletariado, que de día en día adquiere más conciencia de su fuerza incontrastable. ¡Ay de todos, si todos, ricos y pobres, no nos sometemos á las leyes eternas de la justicia! ¡Ay de todos, si la guerra social estallase en Europa, porque el egoísmo de los privilegiados y el justo deseo de bienestar de los desheredados no se armonizasen en una solución en derecho!—Los desiertos de Oriente, donde habitan las fieras sobre las ruinas devastadas de ciudades opulentas, fueran pálidas imágenes de sus fértiles llanuras, en que hoy florecen toda suerte de artes y brillan los más vivos esplendores de la civilización.

No basta, ni siquiera es justo, inculcarle al proletariado resignación, predicarle paciencia, aconsejarle prudencia, mostrarle sus deberes y excitarle de continuo á sobrellevar sus miserias. Es forzoso volverse á los privilegiados de todas clases y enseñarles lo que sucede, llamándolos respectivamente á la meditación, si no quieren que, ya que no ellos, sus hijos, de que tanto parecen preocuparse, y con cuyo bienestar futuro tratan de disculpar su avaricia presente, sufran las consecuencias de sus yerros, y de las injusticias que no se cuidan de remediar.

Green, ó fingen creer, porque en el orden político se camina apresuradamente á la igualdad, que las desigualdades sociales no son tan atroces como en realidad son. Fíjense en cualquier casa de una gran ciudad, como Madrid; observen, y seguramente se presentará á su espíritu el triste, el horroroso espectáculo de ciertos extremos sociales.

En una habitación lujosa, soleada, donde todo respira comodidad y buen gusto; donde todo contribuye al agrado de la vida, entre batistas y holandas que paramentan recamado lecho, viene al mundo un sér humano, tan hijo de Dios y tan igual en derechos á otro sér humano que al propio tiempo nace en la desmantelada buhardilla del mismo edificio, como es igual una gota de agua á otra gota procedente del mismo manantial.

Suponed muertos los padres de ambas criaturas en el instante de su nacimiento, y seguid, paso á paso, la vida que la acción social, no la fatalidad, cual álguien pretende, les depara. Al uno la acción de las leyes, por todos consentidas, le entrega un centenar de millones, un tutor que le dirige y administra su caudal, robusta nodriza, dorada cuna, cuchara de oro para alimentarse, juguetes de toda clase, vestido de todas estaciones; una infancia, en fin, cómoda, sana, alegre, feliz, encon-

tadora. Al otro, amén de la ilegitimidad que oscurecerá por siempre su frente, las leyes que se consideran más caritativas, le deparan un asilo desabrigoado y sucio, en que con otros disputará un alimento insuficiente é insano; y una vez fuera de ese asilo, si pudo vencer la insalubridad, el abandono en la calle, desamparado, hambriento, sucio, tiritando de frío en invierno en el rescuido de una puerta, ennegrecido y resecaado en verano por los ardores de un sol de justicia, sin dirección, vestido ni comida segura en ningún tiempo, una infancia, por fin, de abandono, de ignorancia, de sufrimiento y miseria, que parece milagro puedan vencer las débiles fuerzas de una de esas humanas criaturas que diariamente encontráis en el arroyo, y sobre las cuales sólo fija ojos piadosos algún filántropo, para llorar su desventura.

La juventud, que todo parece igualarlo en sus dorados días, es para él un constante gozar: los hombres más distinguidos ilustran su inteligencia á cambio de un poco del oro que le cupo en el reparto social, sin que él para nada de ello se cuidase: las bellezas más espléndidas se disputan los primeros vuelos de su amor: caballos de sangre y trenes elegantísimos distraen y avaloran las horas de sus ocios: artistas y artesanos agotan, unos su genio y otros su habilidad, para ataviar su persona, decorar sus palacios, embellecer sus quintas, regalando sus oídos en el teatro, encantando sus ojos con pinturas y esculturas, seduciendo su olfato con perfumes exquisitos y excitando su paladar con todo género de nuevos condimentos.

En tanto, el mísero proletario, azotado por el hambre y la desnudez, abandona la calle en que vagamundé y se recoge al taller en que un trabajo rudo, penoso y de escasa remuneración, apenas sostiene su macilenta salud: la máquina desfigura sus miembros y agota su vigor, sin consentirle una hora para ilustrarse, ni un minuto para el amor; reñido de siempre con la miseria y la desnudez en que vegeta, apenas si un sueño corto, sobre un mal jergón ó en el duro y frío suelo, repara sus fuerzas para el continuo trabajo: las amistades, las distracciones, los divertimientos de toda clase, son para él imposibles: si acaso los conoce, sólo llegan á él como el eco de un mundo en que le está vedada la entrada.

Habla en esto la patria; reclamando sus hijos á su defensa: el rico, con desden irrisorio, redime la reclamación con el valor de un caballo: el pobre, sacado del taller, es metido en la cuadra de un cuartel, enfundado en un uniforme, traqueteado por sus superiores para aprender las maniobras militares, y transportado al punto al campo de batalla, que riga con su sangre en defensa de leyes de tan monstruosa desigualdad. Herido tal vez, estropeado seguramente, cumplido su penoso deber para con la patria de que el rico tan fácilmente se eximió, vuelve al taller, donde, alternando la enfermedad con el hambre, el hambre con la desnudez, la desnudez con el aislamiento, la ignorancia y la pena, consume su vida miserable. El hospital para sus enfermedades, la cárcel para sus excesos, la taberna para su distracción, el lupanar inmundado para sus amores, las cargas de caballería para sus protestas y reclamaciones, son los asilos ó los medios que la sociedad le tiene dispuestos, hasta el día que su yerto cadáver, después de destrizado en un anfiteatro de medicina, como objeto de estudio, es arrojado al albañal.

A su lado, el privilegiado heredero, exento de todo trabajo, por su riqueza, al igual que se eximió de los deberes patrióticos, después de gozar la juventud en mil placeres, constituye una familia, que perpetuará su nombre y su fortuna; se sienta por propio derecho de nacimiento en la silla del legislador; recorre la Europa;

atravesada en su yath el Océano; disfruta todas las invenciones; agota todos los placeres; vive en perpetua primavera, trasportándose á todos los climas; admira en la historia todas las edades, en los museos todas las artes, en el cielo todas las constelaciones, y cuando en fastuoso lecho, asistido de la ciencia, rodeado de amigos y familia, exhala, por ser mortal, el último suspiro, su cuerpo, que el arte hace incorruptible, es encerrado en mármoles soberbios, en que el artista esculpe su faz, que parece motarse con desden del título de hermano con que la religión que ha desplegado en su sepelio todas sus pompas y ornamentos, apellida á aquel otro sér desgraciado, que vivió á su lado los mismos días, en el mismo lugar, y parece, al compararse, distar de él lo que un planeta dista de otro en el espacio, y una edad de otra edad en el tiempo.

Alguien tal vez considere esta pintura exagerada, tales extremos imposibles. Nada, por desdich, más real. Diariamente os codeáis con seres que, sin atender más que á la expresión de sus rostros, podéis clasificar en ambas categorías. Los más observadores exclamarán: es cierto el mal; es deplorable el espectáculo; es monstruosa la injusticia; pero, decidnos: ¿cuál es su remedio? ¿No ha habido siempre lo mismo? ¿No ha pesado idéntica fatalidad de destino sobre los hombres?

¡Ah! ¡El remedio! Francamente ha de declarar todo hombre sincero que no lo conoce, que no consiste en ninguna de tantas lucubraciones y panaceas políticas como se vienen propagando en la última centuria. Mas el remedio á esa injusticia ha de existir, ó el hombre, en vez de hijo de Dios, habrá que declararle producto burlesco del Mal. El remedio no puede ser uno; han de ser muchos á la vez: han de constituirle una serie no interrumpida de sabias y fecundas reformas, inspiradas en la caridad y el derecho. La una sin el otro, diez y nueve siglos de cristianismo la declaran ineficaz. El derecho solo, con su rigidez, probablemente no alcanzase obra tan grande y redentora.

Empero, si el remedio nos es desconocido, le declaramos urgente. La cuestión social se ha convertido en la cuestión de todas las horas, y viene preñada de amenazas terribles. El proletariado pide, y pide con razón y con justicia, su asiento en la mesa social. Hay que hacerle lugar.

Y el hombre, cuya inteligencia ha penetrado los arcanos del universo material, deduciendo sus leyes sencillísimas; que ha hecho el análisis del gran misterio de la conciencia; que ha arrancado á la tierra el secreto de su formación y de sus productos; que ha inventado tantas maravillas; que, en suma, como pretendió en el Paraíso, se ha hecho igual á Dios, ¿será impotente para hacerse igual á su hermano?

No pronunciamos tal blasfemia. Esperemos más de su inteligencia y de su corazón.

RAMON CHIES.

Las Dominicales.

Se nos ha interpelado por varias personas acerca del título de nuestro periódico, que tenía para ellas cierto sabor de iglesia.

Ved su razón:

Hasta aquí, y al llegar el domingo, congregábanse las gentes bajo las bóvedas de un templo de polvo, para oír murmurar palabras ininteligibles.

Ese templo es ya estrecho; hay que trasformarlo en aquel otro que el genio vislumbraba, cuando en cierta noche callada, caminando por las sombras, entre las palpitaciones misterio-

sas de la naturaleza, al ser interpelado por el amigo de la vieja fe sobre cuál era su iglesia, le señalaba con el dedo el espacio infinito, y apareciendo en aquel instante la luna que ascendía por el horizonte, le obligaba á postrarse en tierra para adorar la hostia que alzaba el sacerdote en que él creía (1).

Si: éste es el único templo digno de la grandeza de nuestra civilización. ¡Abajo simbolismos de materia, que no consenten la verdad trasparente! Para enlazar nuestros brazos y entonar armoniosos coros, no necesitamos imágenes ni altares, nos basta este algo invisible, único digno de nuestra estirpe racional: la idea de la justicia que adora fervientemente el hombre moderno, y el santo amor de la fraternidad y caridad con que nos tiene atadas las almas el que se solazaba también en predicar bajo la cúpula del cielo, el amantísimo Cristo.

Obra semejante en este pueblo, donde el sacerdote de lo viejo ha martillado con el poderoso castro de los reyes las cadenas entre las que el genio español, cual otro Prometeo, yace aprisionado desde hace cuatro siglos, es superior, lo sabemos, á nuestras flacas fuerzas. Pero era preciso comenzar: eso hemos hecho.

El soldado que derrama su sangre por la patria; el obrero que trabaja todas las horas del día; el escritor que defiende la verdad con su pluma; el juez que no tiere su vara ante el poderoso; el genio que ostenta á nuestros ojos la belleza que arde en su fantasía; el tribuno que defiende los derechos del pueblo en las asambleas públicas ó tras las barricadas de las calles; el patriota que prefiere vivir en el ostracismo ó en la cárcel antes de doblegar su frente á los tiranos; el sabio que consume su vida dirigiendo sus ojos á lo infinitamente pequeño á través del microscopio, ó á lo gigantesco con el auxilio del telescopio, para revelar á los hombres verdades que le enriquezcan ó le eleven; el padre de familia que cumple sus deberes, hé ahí nuestros sacerdotes.

A ellos seguiremos: su palabra, su ejemplo, su virtud, arrebatarán nuestra voluntad y llevarán tras sí cautivas nuestras almas; hacia ellos dirigiremos los ojos de nuestros hijos y de nuestros deudos, para que sepan cómo se obra el bien y cómo se cumple la ley de Dios, de la naturaleza ó del no-Dios, como queráis llamar á quien sostiene la vida, hombres á quien el abuso de la palabra de Dios os tiene indignados contra el nombre.

Por lo demás, ¿qué importa el traje? ¡Cuánto traje talar no hemos visto en nuestro pueblo salpicado de sangre, por desgarrar el suelo de la patria, sin embargo de pretender representar á quien ofrecía una mejilla á su enemigo, después de haberle abofeteado la otra!

Dejaos de formas, de vestiduras, de todo lo que consume el orin y la herumbre atendida á la esencia; y estad seguros de que cuando tras una semana de trabajo salís al campo bajo el sol espléndido de nuestra patria, entre vuestros hijos y vuestros amigos, á esparcir el ánimo y gozar los encantos que ofrece la sencilla naturaleza entre honestos juegos, estais bajo el más hermoso de los templos, huellan vuestros pies las losas más santas, y ofrecéis, con la

(1) Victor Hugo.

tranquilidad y pureza de vuestra conciencia, que nace de haber cumplido bien vuestros deberes durante la semana, la más grata oración a Dios.

La actitud del Sr. Pi Margall.

Bajo el epígrafe de *Documento notable*, nuestro apreciable colega *La Vanguardia*, diario federal, ha publicado el miércoles último una carta del Sr. Pi Margall, escrita para ser leída en un banquete, que, con motivo del décimo aniversario de la proclamación de la República, se celebró en Villanueva y Geltrú el día 11 del corriente.

Miembro distinguido e influyente del partido federal el Sr. Pi, su carta, como de una de las más brillantes personalidades del republicanismo, tiene en estos momentos grande importancia, y ha sido leída y comentada con avidez y calor.

Nosotros también la hemos leído. Su lectura nos ha producido honda pena. El señor Pi, en ella, persevera en su deplorable y trastornador principio del pacto sinalagmático como procedimiento de organización federativa: error patente que produjo la división del partido federal, que por fortuna supo a tiempo rechazar en su parte más sensata una teoría totalmente inaplicable a la federación de nacionalidades de antiguo unificadas de hecho y de derecho, como lo es España. La recordación de este principio, piedra de escándalo, prevenimos que ha de entorpecer la unificación de este partido, voto unánime de la totalidad de los federales asistentes al banquete que en Madrid celebraron el 11 de Febrero en la fonda de Los Leones de Oro, y del cual nos ocupábamos en nuestro número anterior. Esta unificación, para la causa republicana tan importante, sólo era concebible en la preterición del pacto, motivo de disidencias en tantas ocasiones, preterido por el mismo Sr. Pi, ya estando en el poder, ya antes de 1873, ya en alguna de sus obras posteriores a esta fecha memorable. Su reciente afirmación en la carta a los federales de Villanueva y Geltrú la consideramos como una prueba del poco deseo del Sr. Pi en agrupar alrededor de la bandera federal otra cosa que fieles creyentes en doctrinas y partidarios de su personalidad.

Mas si es deplorable este documento por lo que se refiere a lo privativo del federalismo, toca en lo fatal, respecto a lo que es común a los republicanos españoles. La coalición, que todos los republicanos progresistas acaban de proclamar en su Asamblea, que tantos federales, creemos sinceramente que la inmensa mayoría de ellos, declaran indispensable a la consecución del fin común y primordial de la democracia, halla en el Sr. Pi un censor rígido y áspero. No ciertamente la rechaza en principio, que esto fuera imposible sin universal protesta; pero la reduce a tales estrechuras, pónela tales cortapisas; se vale al examinarla de tan duras palabras para los que la han de compartir, que en realidad de verdad, esta crítica la hace imposible de toda posibilidad. ¿Cuándo se ha visto que insultando al aliado se busque la alianza? ¿Cuándo que el recelo sea la base de lo que se funda en la confianza?

Desde hace cerca de dos años, por grupos numerosos, se van apartando del Sr. Pi Margall sus antiguos correligionarios. Por no aceptar su pacto sinalagmático, se separaron el Sr. Figueras y sus numerosos amigos, que en la lucha de pluma que con los pactistas sostuvieron, se denominaron federales orgánicos. Por no compartir sus recelos sobre la coalición, y no aceptar su jefatura, há poco se acaban de ir de su lado federales probados y consecuentes. La carta a los federales de Villanueva, inserta en *La Vanguardia*, le aislará seguramente más todavía en el campo republicano, en donde ahora que sólo, como él mismo dice, las malas pasiones pueden fomentar la discor-

dia, en vez de palabras de amor, las hace resonar de odio, en vez de confianza siembra recelos.

¡Triste é ingrata misión la suya!

RAMON CHIES.

El pueblo de Dios.

El pueblo hebreo es el pueblo elegido, es el pueblo de Dios.

Hé aquí lo que se nos ha enseñado en las escuelas, y se sigue enseñando como doctrina de fe.

¿Qué fundamento hay para decirlo? La Biblia, escrita por los hebreos mismos.

¿Qué dice a su vez la Historia? Que el destino del pueblo hebreo es el del réprobo desde los tiempos más remotos: fué esclavo en la India, esclavo en Egipto, esclavo en Asiria y Caldea, siervo entre nosotros los europeos, durante la Edad Media y entre los árabes.

Tuvo algunos días de independencia, pero bien pronto su impotencia para gobernarse por sí propio le hizo siervo, mitad de los asirios, mitad de los caldeobabilónicos.

De seguro que hay mucho crédulo español que asegura que la condenación del pueblo judío proviene de su conducta infame con el Cristo. ¡Pero si hacía seis siglos que había perdido su independencia cuando se supone la existencia del Cristo! ¡Si entonces era ya súbdito de Roma!

¿Es posible que un pueblo sobre quien pesa tan duro destino, sea elegido de Dios?

Esto es lo primero que se ocurre a quien registra la Historia. Luégo busca testimonios imparciales: busca a los sabios reputados por tales en todos los pueblos; busca a los Aristóteles, Sócrates, Cicerones, a los mil hombres ilustres que conocían al pueblo judío, y que de seguro hubieran notado su divina aureola, de llevarla en la frente; pero nadie hace afirmación semejante, nadie piensa en ella.

No hay, pues, otro testimonio que el que el mismo pueblo judío ofrece.

Ahora bien; sólo los franceses creen que Francia es la primera nación del mundo; sólo los españoles, que España tiene el suelo más abundoso de la tierra; sólo la joven desvanecida, que todas las miradas son para ella.

¿Puede extrañar, por tanto, que los judíos se crayeran la primer raza del mundo, los elegidos de Dios?

Pero el siglo XIX no es el niño para quien se ha hecho el catecismo que se da en las escuelas todavía, haciéndonos perder un tiempo precioso. Sabe que lleva dentro una chispa de aquel fuego que robó Prometeo del cielo, y hace uso de ella.

¡El pueblo judío el elegido del cielo! se dice. ¿En qué podrán compararse a nosotros, los hijos de la raza ária, esos semitas siempre esclavos?

¿En la ciencia? ¿Dónde tienen un Platon, un Aristóteles, un Kant, un Newton? ¿Dónde podría ponerse la Biblia hebrea como ciencia al lado del Código de Manú hechos por nuestros hermanos los indos?

¿En arte? ¿Qué comparación puede haber entre los artistas de ese pueblo, que no los ha tenido nunca propios, sino asalariados, ya fenicios, ya árabes, ya europeo-cristianos, con aquellos insignes artistas de la Grecia? Ellos, que tienen el alma fundida con la tradición, si hubieran descollado en algún arte, hubieran sostenido su estilo. Ved sus sinagogas de Toledo, que nos restan; ved las que hoy tienen en varios lugares de Europa; en todas emplean un arte mercenario: aquí el árabe, fuera el moderno, siempre el del pueblo que les rodea.

Si hubieran tenido arquitectura propia, que era la única que les consentía su religión, hubieran quedado de ella vestigios, y nuestro siglo imparcial les hiciera justicia. Pero no: ellos no han soñado jamás realizar aquella armonía de piedra del templo griego. ¿Y en la escultura? ¿Cuándo han imaginado crear la soberana hermosura que palpita en el mármol griego en forma de estatua?

¿Dónde sonara el pueblo hebreo, sin que el genio de nuestra raza ária vibrara en el cerebro de un Rafael y de un Miguel Ángel, que se inmortalizaran tipos de su raza como el Cristo, María, Apóstoles y Evangelistas en la imponderable pintura cristiana? Quien diga que haya una forma siquiera en los cuadros de Rafael y en los frescos de Miguel Ángel, no modéla en el arte griego, no sabe lo que es pintura, ni se ha enterado de la génesis de este arte. Si la pintura cristiana es tan de raza ária como nosotros mismos. El hebreo no ha soñado con hermosura semejante. Las vírgenes de Rafael son Venus italianizadas; nuestras Purísimas de Murillo son andaluzas virginales.

¿Dónde puede compararse el pueblo hebreo con aquellos ilustres padres nuestros, los romanos, que desde un montecillo en que levantan algunos muros, llegan a gobernar la tierra, desplegando una fuerza de voluntad que asombra? ¡Ellos, los hebreos, relegados en un rincón miserable de aquel vasto imperio!

Sentiríamos heriros, católicos de corazón; pero es que no somos nosotros los culpables, lo sois vosotros mismos, por el

exclusivismo de vuestra creencia. Es que os hiere la verdad. Si os dejárais guiar, no decimos ya por la Razon, sino por lo mejor de vuestra religión, por las doctrinas más sabias y más incontrovertibles que encierran las palabras que se ponen en labios del Cristo, no os espantaría cuanto afirmamos.

¿No ha dicho éste que por el fruto se conoce el árbol? Pues si el pueblo hebreo fuera el elegido, se le conocería por sus frutos: sería el más virtuoso, el más sabio; ostentaría en ciencia, arte, política, industria, la civilización más brillante. Esto es lógico. Si un padre prefiriera a uno de sus hijos, se esteroriza al punto esta preferencia en multitud de detalles: le da la mejor educación, le viste con los mejores trajes, procura elevarle sobre cuanto le rodea. Dios, que tanto puede, haría más con el pueblo judío, si éste fuera su hijo preferido.

¿Y dónde está el brillo de ese pueblo? Vedle sin patria, sin hogar, relegado a los rincones de las ciudades, habitando entre suciedad y miseria, esclavo ó siervo, perseguido y muerto como perro rabioso en multitud de tiempos y de lugares, llevando la maldición en la frente por haber sacrificado la vida de uno de los suyos, a quien por la pureza de la doctrina puesta en sus labios, adora como divina la humanidad, aún siendo de su raza, que hoy desprecia.

Es que es bárbaro suponer que el Creador puede tener pueblos elegidos y réprobos. El Sér enteramente recto no podría cometer tal injusticia; es que no la comete el hombre que es bueno. Los padres que tratan desigualmente a sus hijos, son los más ignorantes, ó más necios, ó más perversos; en las familias virtuosas no se advierte semejante género de preferencias.

¿Cómo se llama, pues, aún historia sagrada a la de ese pueblo? ¿Serán sagrados aquellos actos de bárbara venganza de que están plagadas las páginas del viejo testamento? ¿Será sagrado tener hijos de varias mujeres, como los tuvo el santo Abraham y los no menos santos reyes David y Salomón?

No hay historias sagradas y profanas: lo que hay son hechos más ó menos buenos, más ó menos santos. Y es indudable que las leyes inmortales de la naturaleza moral, como las de la física, dan la palma a los pueblos que realizan los mejores hechos, como a los individuos, y dan también sanción penal a los que se separan de esas leyes.

Esto ha pasado al pueblo hebreo: duro, cruel, inepto para gobernarse por sí mismo, encerrando, en medio de su servidumbre, la orgullosa pretensión de ser preferido por Dios, entretenido, por lo mismo, sólo en dirigirse sublimes trinos, que es lo único grande que se le debe como pueblo, ha sufrido el condigno castigo, yaciendo, como aún le vemos, sin patria, sin hogar, sin un pedazo de tierra propio en que poder sentar su murgrianta planta.

Si hicierais uso de vuestra inteligencia y aplicarais el aforismo del Cristo ántes citado, de que por el fruto se conoce el árbol, debíais, católicos, en vez de decir «que el pueblo hebreo es el pueblo de Dios», decir que es

«El dejado de la mano de Dios.»

DEMÓFILO.

Luz y sombra.

El ministro de Fomento ha tenido el buen gusto de no conformarse con el dictamen de su Consejo de Instrucción pública, y ha dado la cátedra del Conservatorio á Vico.

Nuestro aplauso al Sr. Gamazo. Sólo falta ahora, para que sea completo, que suprima el Consejo.

En Reus ha sido silbado y brutalmente atropellado por una turba de muchachos un sacerdote maronita.

Y es éste el fruto de la enseñanza católica? Es la misma conducta de los salvajes, con los misioneros cristianos. ¿A qué, pues, ir á predicar á lejanas tierras? Aquí, aquí es donde hace falta enseñar amor á los semejantes, dulzura, hospitalidad, las virtudes cristianas, que están olvidadas.

Y querrán que dejemos con paciencia marchar así, sin freno moral, á nuestra amada patria!

Nuestro querido colega *La Broma* acoge nuestra publicación con las siguientes palabras:

«No hemos tenido espacio para saludar ántes de hoy á LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO, nuevo periódico que dirige Ramon Chies.»

«Es un órgano de vigorosa é inteligente propaganda democrática, y le deseamos toda la ventura (éase éxito), que merezca y que obtendrá, seguramente, si persevera en su hermosa labor.»

«Periódicos como ese, no deben morir. ¡Publicistas como Chies no deben callar. ¡Adelante, compañero, adelante!»

Damos á *La Broma* las más expresivas gracias por su cariñoso saludo, que agradecemos con toda el alma, por más que reconocemos no merecer tan lisonjeras frases. Cuento al satírico é ilustrado colega con nuestra humilde, pero decidida cooperación en pro de la causa redentora de la República y

de la emancipación popular. Además, cuento con el apoyo de LAS DOMINICALES en la brillante campaña que en estos momentos libra en favor de la moral pública; campaña que tantas causas criminales ha suscitado á su digno director el Sr. Perillan Buxó, y de las cuales esperamos y deseamos verle muy pronto libre.

«Sois unos cobardes, sois unos miserables,» así se dirigía un obispo, Mons. Freppel, á sus compañeros los representantes de las Cámaras francesas hace pocos días.

Cuando leímos estas palabras, se nos ocurrió escribir el artículo sobre «el pueblo de Dios», que verán en otro lugar nuestros lectores.

Ese lenguaje no es el de nuestra noble raza ária: es el lenguaje del sacerdote judío, es el del viejo testamento, ese que imita la prensa ultra-católica.

A nosotros los hijos de la noble España, ántes que vasallos de Roma, seamos liberales ó conservadores, no puede inspirarnos el oír hablar de ese modo, sino la protesta que hallamos en nuestro colega conservador *El Estándar*, que dice con verdad:

«¡Buen modo de imitar al que espió en el Gólgota... profiriendo con sus cárdenos labios aquella sublime frase de «amaos los unos á los otros!»

Cuenta *La Correspondencia* que uno de los pasados días, al estar hincado de rodillas ante los santos evangelios un señor diputado jurando, y al decirle el presidente las palabras de ritual: «¡Si así lo hacéis Dios os lo premia, y si no os lo demande,» se oyeron risas en la tribuna de la prensa, que obligaron á dicho presidente á hacer desalojar la tribuna.

¡Mala señal semejantes coincidencias para el juramento! ¡Mala, muy mala!

Desde las columnas de este periódico no perseguimos una idea política determinada dentro de los partidos republicanos militantes. Nuestra afirmación única es la República, bien que ya sepa el público á que atenerse acerca de la opinión particular de los que escribimos en LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO; opinión que forma como parte de nuestra naturaleza y no abandonaremos jamás.

Si pues nuestra afirmación clara y terminante es la República, y reconoceremos como obrero de nuestro ideal á quien promueva su triunfo, no hemos de escatimar nuestro aplauso al partido democrático-progresista que, concertado en Asamblea, acaba de dar una gran prueba de concordia y de patriotismo votando la coalición para los fines comunes, con otras proposiciones que atestiguan la elevación de miras que preside en ese partido al tratar de la relaciones con los restantes y de todo elemento republicano.

Reciban los dignos representantes de la Asamblea nuestra cordial enhorabuena, la rapidez y el tino con que han sabido llegar á término su importantísimo acuerdo.

Nuestro querido colega *El Alabardero* de Sevilla se felicita de que LAS DOMINICALES vivan, y copia nuestro acertijo del número pasado.

Damos las gracias á *El Alabardero* por su buena voluntad, que sabe de tiempo es correspondida por los redactores de LAS DOMINICALES.

Recibimos un folleto sobre los consumos y arbitrios municipales de Sanlúcar de Barrameda, escrito por nuestro amigo y correligionario D. Eduardo Gutiérrez Enriquez, en que se denuncia la mala administración municipal de aquella importantísima población. Mal universal en toda España, y necesaria su curación, los trabajos que, como el del señor Gutiérrez, este laudable objeto se proponen, merecen general aplauso.

¡Pobre ciego!

Miradlo, y sentid compasión: fué un héroe en la guerra. La desgracia implacable secó sus ojos. Cierta día se incendió la pólvora con que cargaba cartuchos para defender la patria, y desde entonces no ha visto más la luz. También perdió á su dulce esposa; no tiene ya sobre la tierra más que aquellos dos seres que le amen; la niña de ocho años que lleva sirviéndole de lazarillo, y el niño de uno y medio, que ésta estrecha en sus brazos.

Jamás había implorado la caridad pública. No sabía otro oficio que exponer su cuerpo á las balas para defender la independencia y la libertad de su pueblo. La flauta que lleva, y con que arranca algún triste sonido, no es más que un pretext para hacerse notar de las gentes, ¡Pobre ciego! no tiene fuerzas para hacer sonar su instrumento; lo que emite no son notas musicales, son lamentos, dolor, hambre, miseria.

El día es de esos terribles de invierno, característicos de Madrid; sopla el viento con violencia; el frío penetra, lloviznan partículas infinitesimales de nieve.

La pobre niña del ciego va descalza; sus brazos están casi al descubierto; con los restos de un manton hecho jirones, ajusta á su cuerpo, con toda la fuerza que consisten sus delicados miembros, á su hermanito, que está contraído de frío. ¡Y cuán hermosa es, qué luz amorosa despiden sus grandes ojos negros, donde se pinta la agonía del dolor, y donde ruedan lágrimas silenciosas!

El grupo marcha por una calle de Madrid donde hay un convento con colegio aristocrático. La niña quiere atravesar la fila interminable de coches que se paran de la acera opuesta; varias veces lo intenta, y otras tantas se detiene, ya por el severo gesto del lacayo, que la prohíbe el paso, ya por su natural timidez; al fin tiene un momento de resolución, ve un espacio mayor entre dos coches, y sin oír levantar la vista, temblorosa y acelerada, pasa llevando de la mano á su padre. Un caballo del coche retrocede un paso en aquel momento y pifa; se oye al punto el crujido de un látigo, y con él un grito desgarrador. ¡El cochero soez había azotado el rostro de la niña!

No hay que detenerse á explicar lo que pasó por el alma de aquel ciego infortunado. No queremos desgarrar el corazón de los lectores.

Preferimos hablar á su inteligencia; preferimos transmitirle las ideas que se agolpan á nuestra mente.

¿Qué van á hacer los coches á aquella calle? A esperar la salida de las niñas. ¡Qué! ¿Es tan molesto que vayan andando hasta su casa? Decidnos, hombres de ciencia; decidnos, médicos: ¿no les sería más higiénico ir á pié, dada su edad, y dado el ejercicio intelectual á que acaban de consagrarse? Esto es indudable. Aquellos coches allí son enteramente inútiles; más que eso, son perjudiciales para las niñas y para los transeúntes.

Pero hay más; aquella casa es á la vez iglesia y colegio; esa iglesia tiene encima puesta la cruz, símbolo de humildad; las profesoras visten hábito religioso, dicen que adoran al Cristo, que se sacrificarían por él.

¿Cómo, pues, aquellos coches á la puerta? Pues si enseñaran el cristianismo á las alumnas, ¿era posible que las consintieran que llevaran allí, á las mismas puertas del templo, aquellos trenes que compiten unos con otros en lujo, aquellos hombres vestidos con trajes que los degradan, aquellos soberbios troncos que pudieran rendir tan útiles efectos á la agricultura y á la industria? ¿No es esto antitético con la doctrina del Cristo?

Si la pura doctrina del Cristo habitara allí dentro; si se enseñase la caridad, el amor, el desprecio á los bienes de la tierra, el desden por las vanas apariencias, el destino que espera al rico que vive en la opulencia, mientras la miseria acosa al pobre, aquellos coches no durarían un solo instante á la puerta.

«¡Hijas mías,—les dirían las maestras inspiradas por ese espíritu,—traed el traje que queráis; no vistáis de uniforme, cada cuerpo tiene sus formas, y cada rostro su color; no sienta bien el azul ó el rojo á todos los semblantes; que el traje haga resaltar vuestra natural hermosura, pero que sea tan sencillo como honesto. Si habeis de gastar cincuenta en un vestido, gastad sólo veinticinco, y emplead la otra mitad en un abrigo para dárselo á la pobrecita que encontráis en la esquina tirando en los días de frío... Sobre todo, no os consiento que gasteis un real en cosas superfluas. Ayer ha venido á esperarte, Pepita, un coche lujoso. ¿A qué quieres tú coche, si eres fuerte como un roble, y brotan sangre tus mejillas nevadas? Eso es ofender á Dios, cuando hay tanto pobrecito que no tienen pan. Dí á tu papá que á este colegio, que es cristiano, no consentimos que vengan niñas arrastrando lujo. Tú tienes un corazón muy hermoso, una inteligencia que deslumbra; tus padres te adoran: arrójate en sus brazos cuando vayas á casa, y díles: «Me queiréis mucho, me llamais vuestro encanto y vuestra dicha. ¿Sabéis padres míos, quién sostiene ese encanto y esta hermosura que veis en mí, de que tantas veces me hablais? Pues es Dios. No es justo que, en comp ensación de darme vida, cumplais sus leyes vosotros? Y bien: mi profesora me ha dicho que Dios manda que no se tenga nada inútil cuando hay necesitados; que nuestros coches, que empleamos sólo en ir al paseo, á misa y á visitas, cuando podríamos hacerlo á pié, son una provocación á la miseria de los pobres, que, vendiéndolos y repartiendo entre algunas familias des-

graciadas su valor, podríamos secar mil lágrimas y hacer felices a muchos hermanos nuestros, que bendecirían nuestro nombre y nos servirían de rodillas, mientras esos lacayos que llevamos en el pescante murmuran de nosotros y aún quizá nos maldicen si les hacemos esperar demasiado, ó les contrariamos. Padres míos, vended los coches y repartid el dinero á los pobres.»—Si agotas el tesoro de tus gracias, yo estoy segura que conseguirás tu intento.

De todos modos, sábelo: al colegio no te consentiremos más venir en coche, á no ser que estés enferma. ¿Cómo lo haríamos de consentir, cuando queremos darte una enseñanza enteramente cristiana? ¿Qué me importará adornar tu inteligencia enseñándote geografía, historia, lenguas, cien cosas más, si dejaba de enseñarte lo que para mí es base principal, lo que enseñó Jesús, á quien adoro? Y quiero enseñártelo, no de memoria, no preguntándotelo con el catecismo delante, sino notando si lo realizas en la vida; que de otro modo de nada sirve la enseñanza.»

Así entendemos que se enseñe en un colegio cristiano. Si alguna institución de este género enseña así, nosotros, sin llevar nombre de tal ó cual fe, nos descubriremos con respeto ante ella.

Lo que no podemos soportar, lo que hiera nuestra alma y hace surgir en ella airada protesta, es que se diga que en establecimientos donde ostenta á la vista tan palmario contraste con la doctrina del Cristo, se da enseñanza cristiana, edificante y religiosa.

Nuestra indignación sube de punto cuando las altas clases que viven bajo ese molde aprendido ó consentido en sus escuelas católicas, del todo anitético á la humildad y á la caridad predicada por el Cristo, aparentan asustarse de nuestras doctrinas, y nos tildan de querer acabar con la religión.

¿Qué religión es la vuestra? ¿Para qué os sirven esos templos donde vais á daros golpes de pecho, si encumbraís sobre los pescantes de vuestros coches á hombres vestidos como monjes, que con la impunidad de vuestro poder social azotan con el látigo el rostro de una niña de ocho años que guía á su padre, que ha quedado ciego por consagrarse á preparar aquello con que iba á defender vuestra riqueza, vuestra libertad y la honra de la patria?

Somos mil, multiplicado por mil veces, más cristianos que vosotros, sin hacer genuflexiones inconscientes en vuestros templos.

Un sentimiento que muere.

Del mismo modo que la vida de la naturaleza necesita de la renovación de los átomos, así la vida de las sociedades necesita la constante renovación de las ideas.

Una nación que guarde en su seno principios políticos, morales ó religiosos no conformes con el progreso, arrastrará una existencia pobre y débil, y necesitará que venga á sacarla de su postración uno de esos sacudimientos sociales, una de esas tempestades revolucionarias sin las cuales la civilización sería aún un mito.

Para crear es necesario destruir. Un edificio nuevo necesita más sólidos cimientos que el antiguo sobre el cual se funda.

España es una de esas naciones en las que, habiéndose extendido el progreso en algunas de sus esferas, guarda todavía reliquias tradicionales, sentimientos muertos en otros países, merced al empuje de la libertad. Mas como el poder y la influencia del espíritu moderno es tan grande, y la fuerza de la razón es tan poderosa, hacen que el sentimiento de la fe, tan intenso en otros tiempos, empiece á decrecer (aun en personas que se tienen por verdaderas y fervorosas creyentes), empiece á agonizar; pues todos, estos sentimientos, que son débiles de suyo, en épocas como la presente sólo necesitan para su extinción que un pequeño soplo los conmueva y que una ligera ráfaga del viento de la libertad los hiera.

Uno de los motivos más principales de que el sentimiento de la fe toque á su término, es la corrupción del clero y sus viciadas costumbres, que no son, como ligeramente se ha supuesto, propios de este tiempo, pues que en muy distintas épocas se ha visto censurado por hombres cuya religiosidad nadie ha puesto en duda.

San Bernardo decía: «Ya no puede decirse que á tal pueblo tal sacerdote, porque hoy el sacerdote es cien veces peor que al pueblo.» Alfonso el Sabio prohibió que los sacerdotes representasen en las iglesias, porque los tales, el uso le convertían en abuso, y el permiso en licencia. El intencionado Tirso de Molina no dejó de dirigir agudas sátiras á la conducta de los eclesiásticos de su tiempo; y así todos estos testimonios no fueran bastantes, léase á Hurtado de Mendoza, Castillejo, al P. Isla, al Dante, á Boccaccio, consúltese la historia imparcial de los Papas, y tendrá que confesarse que la corrupción del clero ha

sido incesante en casi todas las épocas de su ya larga vida.

Otro de los motivos es, á no dudar, la caprichosa interpretación de la doctrina de Cristo; interpretación que han procurado siempre esté conforme con los intereses del sacerdocio, porque así les ha sido más fácil favorecer sus maquinaciones, satisfacer sus ambiciones ocultas, sus deseos de mando y autoridad, su inmoderado orgullo; y satisfecho esto, no han sentido escrúpulos de que sus obras y sus predicaciones no estuvieran muy conformes con la doctrina del Divino Maestro.

En vano se empeñarán los que por católicos se tienen, en evitar este derrumbamiento de la antigua fe; sus esfuerzos serán ineficaces.

Cuando el libre pensamiento consiga extinguir ese sentimiento, que la tradición y el fanatismo robustecieron, habrá prestado un señalado servicio al progreso, que es luz, y á la libertad, que es vida.

MELIBRO.

Lo de Alicante.

Lo que ha pasado en Alicante con los jesuitas, conocido de todos, es cosa que no debía llamar la atención; es un hecho lógico, natural. Ellos, y nosotros la sociedad civil, somos dos órdenes de seres, dos mundos.

La sociedad civil es el mundo hecho por Dios, compuesto de amigos, padres, hermanos, hijos, esposos que viven sujetos á las leyes del amor, en el seno de la madre naturaleza.

¡Qué de tesoros, de afectos, no guarda ese mundo! Recorramos rápidamente.

La desgracia nos acosa, hemos perdido la fortuna, la tristeza nos ahoga y el amigo fiel asoma á nuestras puertas, vierte su bolsa en la nuestra, estrecha nuestra mano, y nos conforta, nos anima á vivir, nos descarga del peso que sentíamos en nuestro corazón.

¿Qué diremos del amor de los hijos? ¿Quién describe el efecto que siente el alma cuando aquellos tiernos bracitos se cuelgan á nuestro cuello y los labios rosados estampan sobre los nuestros un beso de fuego?

No menos se puede decir de la afición de dos nobles esposos.

¡Cuántas horas de gratos ensueños miétras los hijuelos rebullen al lado! Aquél, tan vivo y tan osado, será general; el otro, flemático, llegará, con su reposado entendimiento, á descubrir nuevas leyes matemáticas; cuando menos, será un Newton. Aquel mayor, que tiene malas notas del colegio, y sobre cuya inteligencia no dan satisfactorios informes los profesores, en cambio es tan bonachon, tan honrado, que, aplicado al comercio, va á ver entrar á carretadas el dinero por sus puertas; El que pintarreja cuanto encuentra, tiene que ser lo menos un Rafael. En cuanto á la niña, es imposible que con sus gracias y en su travesura natural, no conquiste el corazón de un banquero.

Ilusiones, empeños vagos quizá, pero de ciertos sentimientos nobles que purifican el alma, llevan á ella la dulce alegría, proporcionándola expansiones placenteras, y disponiéndola á ser buena y justa.

Tal es el mundo de Dios. El formado al calor de aquel mandato que podemos leer en la Biblia de la naturaleza; que nos dice aún sin leerlo en biblias humanas: «Creced y multiplicaos;» y de este otro puro precepto cristiano: «Amaos los unos á los otros.»

Ved ahora el del Papa. Sus soldados están formados en fila, mirando á la tierra, adonde miran los gusanos. El jefe hiere con su báculo el pavimento; nadie se conmueve, nadie levanta los ojos. Hay que demostrar que no se es hombre, que dentro no hay más que estuco. Unas palabras deslizadas al oído de los capitanes, y trasmitidas por éstos del mismo modo á los soldados, les hacen desfilir por todos los puntos cardinales. ¿A qué van? Quizá no lo saben. Al llegar á su destino lo sabrán. Se desconfia de que entre el estuco haya podido quedar algo de alma, algo humano.

Y bien: suprimid en un hombre el pensamiento; quitad los afectos al corazón; privadle de voluntad; arrancad-

le la propiedad que le eleva sobre el resto de los demás seres, arrancadle la libertad: ¿qué queda? Una fiera, un monstruo, un idiota; cualquier género de ser que queráis, ménos un hombre.

¿Comprendéis ahora lo que ha pasado en Alicante? Entre un ejército de hijos de Dios, de comerciantes, obreros, escritores, autoridades públicas, profesores que tienen mujeres, hijos, esposas, padres, hermanos; entre hombres, en suma, no era posible que pudieran vivir en paz los jesuitas. Morían, aullaban, echaban baba contra la sociedad; es natural: y no han hecho lo que las panteras y chacales hubieran hecho, porque hasta ahí no llega el poder del hombre. Todavía esos hombres disfrazados de jesuitas tienen en su alma, muy oculto en verdad, lo que llamamos el ángel esto es, la virtud natural, que nos hace redimibles por perversos que seamos en nuestros actos personales, ó por violación que queramos hacer de nuestra naturaleza.

En Alicante ha pasado lo que acaeció en el siglo pasado en todas partes. Tuvo que elegir la sociedad civil entre vivir ella ó los jesuitas. Entónces tenían éstos un poder formidable, de que afortunadamente carecen; y en la disyuntiva de vivir ó morir, los reyes los arrojaron de sus Estados.

Sólo que hay algo más santo que el derecho de defensa del Estado que invocaban, y es el de la misma naturaleza violada en la persona de los jesuitas. De esencia y apariencia son hombres; de hecho, les falta alma propia, el alma individual que todos poseemos.

Hé ahí por qué, aunque se propale que son listos, fuertes y tembles, en realidad, como ha demostrado el viril y elocuente escritor Nakens en un precioso artículo, resulta lo contrario: son torpes. Como que son incompletos, les falta lo esencial: alma.

Además, no lo olvidéis, sociedad cristiana que corras á besar los hábitos de esos hombres que cometen infracción clara y palmaria de estos dos preceptos terminantes de vuestra Biblia, que reconocemos los que no llevamos apellido de religión positiva: al «creced y multiplicaos,» y al «amaos los unos á los otros.»

¿Cómo, si fuérais verdaderamente religiosos, no os apartaríais de los jesuitas, que así terminantemente violan mandamientos de vuestra ley?

Sección militar.

Habíamos dicho en nuestro primer número que desde la revolución de Setiembre viene notándose un nuevo espíritu, infundido en nuestro ejército; espíritu de amor á las ideas modernas, de generoso entusiasmo por la grandeza de la patria, y defensor de la unión estrecha entre la sociedad civil y militar.

Véase, en comprobación, lo acaecido pocas noches há en el Centro militar, esto es, en el círculo militar más importante, relatado por uno de los periódicos militares, de más circulación y simpatías en el ejército, *La Correspondencia Militar*:

Se trata del discurso leído por el capitán de ingenieros Sr. Ami, el sábado 17 del corriente en el Centro militar.

Hé aquí lo que sobre él dice *La Correspondencia Militar*:

«El discurso del Sr. Ami es una obra maestra. Grande en su fondo, bello en su forma, admirable por su atrevimiento, sin dejar de ser digno de aplauso por la mesura y por la circunspección con que está expuesta la doctrina, y notable porque cada uno de sus párrafos rebosa, digámoslo así, el espíritu militar, en consorcio íntimo con el amor á la patria. No es de extrañar, por lo tanto, que el auditorio permaneciera como suspendido de aquellos sublimes conceptos, expresados con tanto arte y con tan ingeniosa franqueza militar, que, y como consecuencia de la impresión que producían, los aplausos resonaban á cada momento, los murmullos de aprobación se sucedían sin cesar, y la ovación fuera unánime y entusiasta al dar por terminado el Sr. Ami su notable trabajo, que mañana mismo empezaremos á publicar en el folletín, del que se hará una numerosa tirada, que costeará gran número de socios, que en el acto así lo acordaron.»

Todos los generales que estaban presentes, que eran muchos, encabezaron con sus nombres la lista de los adheridos al pensamiento de dar la mayor publicidad posible al discurso del Sr. Ami, á quien felicitamos calurosamente por tan señalado triunfo.

Con objeto de anticipar á nuestros lectores algo de lo mucho bueno que dijo el señor Ami, publicamos seguidamente algunos párrafos, de cuya oportunidad juzgarán

nuestros lectores si tienen en cuenta ciertos discursos, cuya síntesis hemos dado á conocer, y cuya tendencia hemos condenado, creyendo interpretar los sentimientos de nuestros compañeros de armas.

Dicen así los párrafos á que nos referimos: «Aunque diliera un poco el momento, ya deseado por vosotros, de dejar de oírme, voy á hacer una observación, que por la ocasión y la fecha la creo oportuna... y necesaria.»

«Me habéis oído decir y probado la necesidad de la completa fusión del ejército con la nación, que verdaderamente anhelo. Os lo aconsejo, señores: os lo pido; mirad que miéntras seamos una institución, estaremos expuestos al criterio odioso de las comparaciones por aquellos que juzgan de las cosas de la milicia por los juegos guerreros de los años infantiles, donde con sólo una espada de madera se venen ejercicios innumerables. El día en que esa fusión sea un hecho, ya os lo he dicho, todo lo alcanzareis por derecho propio. La patria, que tiene una parte de sus hijos privados de los derechos de los demás, debe compensar con ciertos privilegios esa necesaria desigualdad. Al ciudadano que en medio de un país libre se ofrece en la paz como un esclavo, hombre sin voluntad, sin albedrío, y en la guerra se ofrece como mártir en lo más hermoso de la vida, no se le puede ni se le debe medir por el mismo nivel que á los demás. Lo contrario sería perseguir hoy unos privilegios arruinados para caer en otros más odiosos é injustos, porque estarían inspirados en la crueldad y el egoísmo. Quedaos, los que tan mal nos juzgáis, con los privilegios del centímetro, que queréis cercenar á quien no cercena ni una gota de sangre por daros nuevos derechos y nuevos horizontes de bienestar y de riqueza. Con él nos pagais los servicios de la inteligencia, grandes ó pequeños; pero pensad, cuando lleguéis al hecho de la muerte, si tenéis algo con qué comprar la vida que se os escapa, y entónces acordaos de nosotros, cuando bajo la bóveda del cielo, sobre la encharcada marisma ó el árido pedregal por todo lecho, con la soledad por toda compañía, con el cañon que truena por toda voz de cañon y de consuelo, damos esta vida tan querida y necesaria á los que han de gemir en la miseria, ya por vuestras ideas, ya por vuestros intereses, ya, peor, por vuestras personales rencillas.»

«Roma y Grecia, en sus bellos tiempos, en los que la nación constituía el ejército y no era gabela de la pobreza el morir por la patria, sino honra y deber del ciudadano, no pocos privilegios concedía en los honores del triunfo á sus incultos generales. Entónces, como siempre, á los grandes filósofos, á los verdaderos filósofos, han seguido los grandes capitanes, porque la fuerza, afirmando el derecho, es como la mano que en el papel escribe y propaga la idea que brota en el cerebro. Así salió la época moderna, de que tanto, y con justicia, os envaneceis; no brotó de aquellas tablas ensangrentadas del cadalso que levantaba la egoísta, intransigencia y la artera venganza, sino de aquellos campos ensangrentados por la abnegación y el sacrificio de mil héroes que no han tenido ni una cifra que recuerde su nombre sobre la tierra que redimieron con su sangre.»

«Ya me habéis oído hablar de Newton, y por tan grande lo tengo, que lo admiro religiosamente. Si la teoría de la pluralidad de mundos es cierta, él con su lógica y su pluma nos ha descubierto el velo de nuestra patria futura, de aquella patria donde la bondad y la justicia del Señor nos prepara el descanso y la paz eterna; pero en esta tierra rebelde é ingrata; en este mundo donde la experiencia se forja en el yunque de la ingratitud; en esta patria, donde hemos sido largo tiempo esclavos, en vez de ser señores, no fué un Newton, fué un Napoleón, con la punta de su espada y con la sangre de mártires sin cuento, el que suavizó las injusticias de la historia, el que nos dió estos derechos del hombre, que nosotros renunciamos en aras del bien común, y nos dió á gozar estas sacrosantas libertades, que sirven hoy de bandera para execrar á los que con su sangre las conquistaron.»

«Guardaos, repito, el privilegio de la cantidad; nosotros, con la inteligencia en la paz, con el martirio en la guerra, no por ésta ó por la otra personalidad, sino por el bien de la patria y del ejército, conquistaremos el privilegio del prestigio; no el prestigio de los variados colores del uniforme, con que nos queréis alucinar y nos creéis pagados, adornando las víctimas para el sacrificio, como se coronaban y cubrían de preseas las que al dólmen subían en las selvas druídicas de los galos, sino el prestigio de la religión estrecha del deber, aureola de la patria, que se apaga ó enciende, según en ella es más ó ménos considerado el ejército.»

«No es ésta, no, la escuela de la ignorancia; á sus filas llega el ciudadano ignorando las letras del alfabeto, y de ellas sale con enseñanza elemental y con un baño de civilización, que allá en el aula de su aldea nunca hubiera adquirido, sujeto al yugo del terruño y de la miseria, al yugo de la rutina y de la traición, tan poderosas en las pequeñas localidades; yugos más onerosos y ménos civilizadores que el yugo de la Ordenanza; y tan exageradamente se ha tomado por el ejército la profesión, que todos debieran haber cumplido antes, que equivocando la verdadera misión del soldado en las filas de la milicia, coge el fusil diez días en el mes, si llega, y coge la pluma ó el silabario los veinte restantes. No olvidaré jamás las palabras que, á raíz de la guerra que asoló la Francia, oí pronunciar á un frances sabio é ilustrado, contemplando una numerosa biblioteca militar: «No puedo comprender la necesidad de tanta ciencia para matar hombres.» Lamentemos su influencia en las naciones, y digamos de ellos con pena y con cariño aquellas palabras de la Escritura: «Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.»

Nuestra entusiasta felicitación al Sr. Ami, que con tan franca elocuencia expone lo que entiende verdad, y á esos generales y oficiales del Centro militar, á quienes no arredran dificultades para elevar al ejército, y por ende la patria, adhiriéndose á toda idea noble y levantada.

Aprovechemos también la ocasión para satisfacer una deuda: la de devolver nuestro cordial saludo á *La Correspondencia Mili-*

tar, periódico que, sin desconocer la medida que corresponde á los que visten el uniforme de soldado marcha, en punto á las ideas, á la vanguardia, defendiendo con calor cuanto cree útil al ejército y al país.

MARCO.

Un libro de texto como otros.

—Papá, yo no puedo aprender esto.
—¿Qué es esto, hijo mío?
—El niño me entrega un librito donde dice: «¿Qué es longitud?»
«La distancia que separa un punto cualquiera del globo situado en un meridiano, de otro que se encuentra situado en otro meridiano que se toma como punto de partida; y como todo meridiano es un círculo máximo que divide la tierra en dos hemisferios, aunque en distinto sentido que el ecuador, de aquí que la longitud pueda ser oriental y occidental. Ni una ni otra pueden pasar nunca de 180 grados, ó sea de la mitad de los 360 en que ya hemos dicho que se divide la circunferencia.»

Lector que entiendas lo que es longitud, repara en lo que es la enseñanza de memoria que se da en las escuelas. Pasan tus pobres hijos el tiempo trabajando la memoria; gastan sus facultades: ¿para qué? para aprender lo que no es verdad, y de un modo envejecido.

Fije la atención cualquiera en la definición preinserta.
«La longitud es «la distancia que separa un punto del globo situado en un meridiano, de otro que se encuentra situado en otro meridiano que se toma como punto de partida...» Según esto, tomo Madrid, que está en un meridiano, Santander, que está en otro, hallo la distancia que los separa, resultan quinientos kilómetros, y concluyo: la longitud de Santander es quinientos kilómetros tomando por primer meridiano el de Madrid, porque la distancia de un punto á otro es entendida siempre en el sentido de dimensión de la recta que les une.»

«Sabes, lector que no entiendes de estas cosas, lo que ha querido decir el que ha escrito el libro? Pues otra cosa de la que ha dicho; ha querido decir que longitud de un punto es el arco de ecuador comprendido entre el meridiano de aquel punto y el que pasa por otro previamente determinado, que se llama primer meridiano. Tendrás tus dificultades para entenderme, mucho más no sabiendo qué es ecuador, ni que se trata del número de grados, minutos, etc., del arco, y no de su distancia longitudinal.»

Esto prueba que aun las explicaciones más precisas, sin tener delante el objeto á que se refieren, son logogrifos; que si, en vez de hacer aprender en las escuelas á los niños de memoria semejantes retahílas, se les enseña un globo, y se les dice: «mira, esto es longitud y esto otro latitud,» en pocos instantes sabría lo que jamás aprenderá con la explicación inexacta y viciosa que nos ocupa.

Y qué modo de educar el juicio de los niños... «Distancia que separa un punto cualquiera del globo situado en otro meridiano, de otro que se encuentra situado en otro meridiano.» Como si hubiera puntos de la tierra no situados en meridianos! Haga el favor de decirnos el geógrafo cuáles son los puntos no situados en meridianos.

Además, el que es preguntado, debe dar contestaciones precisas; confundir ideas es el pecado mayor en la vida del pensamiento. Pues bien: juzga el lector si la contestación á la pregunta «¿qué es longitud?» cuanto está escrito desde donde dice: «... y como todo meridiano...»

Y el autor afirma en el prólogo que quiere dar á conocer la asignatura *prácticamente*.

Nos falta decir que esta obra está señalada de texto para las escuelas de primera enseñanza por el Real Consejo de Instrucción pública.

Y para esto sirve el Real Consejo? ¿Para dar su real sanción á que los niños gasten su inteligencia y el tiempo en aprender lo que no es exacto, ni preciso, ni lógico?

En nombre de la salud de la inteligencia de los niños, suprimáse cuanto antes los textos y el Consejo.

Curiosidad infantil

Idilio.

La escena es un baile de pueblo, en sala grande. En rincón escondido hay una bella joven. En una habitación contigua, frente al rincón, una mujer cose tranquilamente; á su lado hay una niña que entabla con ella el siguiente diálogo:

NIÑA. — Por qué, di, madre, Sofía, tan bella, está allí apartada, con la cabeza inclinada?
MADRE. — Dime, ¿por qué, madre mía?
NIÑA. — ¿Cuánto preguntas, María!
MADRE. — ¿Por qué ha besado la rosa?
NIÑA. — ¿Por qué deshoja las flores?
MADRE. — ¿Por qué tiene esos colores?
NIÑA. — ¿Por qué es, madre, tan hermosa?
MADRE. — Hija mía, no seas curiosa.
NIÑA. — ¿Por qué se sienta allí, fuera del baile y la confusión?
MADRE. — ¿Por qué sola en el rincón?
NIÑA. — ¿Saberlo, madre, quisiera?
MADRE. — Eres, niña, muy parlara.
NIÑA. — ¿Por qué se ha puesto encendida en cuanto Arturo ha llegado?
MADRE. — ¿Por qué, madre, ha suspirado? Dímelo, madre querida.
NIÑA. — No seas, hija, entrometida.
MADRE. — ¿Por qué así se están mirando?
NIÑA. — ¿Por qué, madre, la flor bella que antes besó le da ella?
MADRE. — ¿Por qué se hablan tan callando?
NIÑA. — Me tienes, niña, sudando.
MADRE. — Mira: se pone encarnada.
NIÑA. — Bueno tiene que haber sido. Lo que le ha dicho al oído.
MADRE. — ¿Qué será, madre adorada?
NIÑA. — Eres, niña, muy cansada.
MADRE. — (María se acerca á los novios, que absorben en su cotillón, no reparan en ella, y vuelven al lado de su madre.)
NIÑA. — Oye, madre, ¡qué bonito! Al darle Arturo aquel ramo, le ha dicho «te amo, te amo.»
MADRE. — Muy querido, muy querido.
NIÑA. — ¿Que calles, niña, repito!
MADRE. — ¿Cuánto se acerca á Sofía!
NIÑA. — ¡Miralos, madre, un momento...! ¡Si se confunde su aliento!
MADRE. — ¿Que la besa, madre mía...
NIÑA. — Ven á acostarte, María.

X.

Estos anuncios proceden de la Redaccion, y su insercion es gratuita. No se admiten anuncios de pago, ni redactados por los interesados.

Habiéndose hecho pedido de algunas de las obras que figuran en nuestros anuncios, rogamos a los autores que nos envíen sucinta nota del precio y lugar donde pueden adquirirse, para agregarla al correspondiente anuncio.

LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO

PERIÓDICO SEMANAL

ADMINISTRACION: CORREDERA BAJA, NÚM. 59, SEGUNDO DERECHA

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid, trimestre, 2 pesetas.—Provincias, id., 2,50 id.—Extranjero, año, 12 id.—Ultramar, id., 20 id.
Número suelto del día, 10 céntimos. Atrasado, 25 id.
La Redaccion dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.
La Redaccion no responde de los artículos firmados.—No devuelve los manuscritos.—La Administracion no admite anuncios de pago.

INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

INFANTAS, 42

Este establecimiento, se consagra hoy a la *educacion general*, esto es, a la llamada primera y segunda enseñanza. Es ajena a todo espíritu de partido, religion, ó escuela determinadas. Cuenta entre sus profesores y cooperadores a hombres de opuestos campos de la vida política militante, como Pelayo Cuesta, Azcárate, Giner, Alonso Martínez, Carvajal, Labra, Moret, etc., etc. Los profesores se consagran exclusivamente a educar a los alumnos ó instruirlos en las diferentes ramas de la cultura, mediante explicaciones en las clases, en los paseos, en las visitas a Museos, talleres, fábricas, y toda clase de establecimientos que hay en Madrid, así como en las excursiones frecuentes que hacen por toda España, y aun por el Extranjero.

Es un establecimiento modelo que honra a nuestro país. Los padres que quieran dar una sólida instruccion a sus hijos, y ademas educarlos en sus deberes usuales, envíenlos a la Institucion Libre de Enseñanza.

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS NIÑOS

Esta Sociedad, cuyo título basta a acreditar su objeto humanitario, recoge a los niños abandonados y los ampara temporalmente en el *Refugio* que tiene establecido en la calle de Claudio Coello, núm. 32.

Tiene abierta consulta médico-alópática diaria de 8 a 9 de la mañana, pública y gratuita en su local; la tiene tambien homeopática en la Travesía de Trujillos, núm. 3, de una a dos de la tarde. En ambos locales se aplica gratuitamente la vacuna todos los sábados de una a dos de la tarde.

El *Refugio* recibe a cualquier hora del día y de la noche los niños que se encuentran perdidos en la vía pública.

La Sociedad protege a los niños que son víctimas de malos tratamientos y tiene establecida una consulta jurídica gratuita, en casa de D. Fermin Hernandez Iglesia, Travesía de la Parada, número 10, 2.º, para proporcionar los informes y consejos que se le pidan a nombre de los niños pobres, huérfanos ó desamparados, y promueve y sostiene las reclamaciones administrativas y los pleitos y causas que interesen a aquellos desgraciados seres.

La piedad que respiran los fines de esta Sociedad que acabamos de enumerar, la hacen acreedora a las simpatías y al aplauso del público, que debe prestarla toda su cooperacion.

ASOCIACION PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER

CALLE DE LA BOLSA, 14

Esta asociacion, fundada por el piadoso D. Fernando de Castro con el solo fin de elevar y ennoblecer a la mujer española mediante la educacion ó instruccion, ha progresado notablemente, merced a la devocion que presta a esta idea el Sr. D. Manuel Ruiz de Quevedo, a la que coadyuvan catedráticos distinguidos de la Universidad, explicando sin remuneracion alguna las clases.

Ademas de la Escuela de Institutrices, cuya matricula está cerrada, existen ya varias otras de aplicacion, a saber:

Escuela de correos y telégrafos.—Honorarios, 5 pesetas mensuales por todas las asignaturas de un curso; 5 por la práctica de Telégrafo; 2 por cada asignatura suelta.

Clases de lenguas: ingles, aleman é italiano.—Por una de las asignaturas de ingles ó aleman, 10 pesetas al año. Por la de italiano, 5 pesetas mensuales.

Clases de dibujo del yeso y de pintura.—Por una asignatura, 10 pesetas todo el curso; por las dos, 15 pesetas todo el curso.

Clases de armonium.—10 pesetas por todo el curso.

Escuela de comercio.—Está cerrada la matricula.

La Asociacion se sostiene mediante las pequeñas cuotas de los socios, y por algunas subvenciones de corporaciones y particulares.

Cuantas personas de espíritu ilustrado y que comprendan la importancia de semejante institucion que ha de ser una de las más sólidas raíces de la regeneracion de nuestra patria, deben hacerse socios.

SOMBRERERIA MILITAR.—Justo Gomez, calle de Peligros, 14 y 16. Muy acreditado en esta especialidad.

REVISTA CIENTIFICO-MILITAR.—Semanales doctrinal militar, en que se insertan trabajos serios.—Barcelona, 5 pesetas trimestre.

REVUE MILITAIRE de l'étranger.—Publica artículos verdaderamente concienzudos sobre la organizacion y asuntos militares de todos los países.—Paris, rue Montmartre, 132; 12 francos al año.

HUERTA.—SOMBRETERO.—Tiene acreditado buen gusto, sobre todo en sombreros para niños. Príncipe, 7.

BENITO MORENO, hermanos.—Espoz y Mina, 7. Sastres de gusto acreditado.

GANS.—ESTABLECIMIENTO de maquina y efectos tipográficos, de lo más completo y de más gusto que hay en Madrid. Está relacionado con las principales casas de Europa. Villanueva, 22.

HISTORIA DE ESPAÑA por Lafuente (D. Modesto).—Montaner y Simon, Barcelona. Honra a los Sres. Montaner la edición monumental que acaban de hacer de esta clásica obra.

TENERURIA DE LIBROS por Blas Goytze y Blasco.—El que quiere enterarse del estado último de los conocimientos en esta materia, lee el libro de Goytze.—Librería de Córdoba, Puerta del Sol.

ORDENANZAS MILITARES.—Exposicion didáctica de parte de las mismas, por N. Amorós. Obra interesante al militar que quiera penetrarse del espíritu de la Ordenanza.

ACADEMIA PREPARATORIA para las carreras de Ingenieros, Ensayo Mayor, etc., por el ingeniero de Caminos Sr. Portuondo.—Calle de Valverde, núm. 34.—El Sr. Portuondo, ademas de saber, tiene el don de enseñar, que no es común.

CONFERENCIA SOCIAL sobre viajes escolares, por Rafael Torres Campos, profesor de la Institucion Libre de Enseñanza. Folleto interesante. Véase en la librería de Hernando.

LA SUISSE ILLUSTREE.—Esta preciosa publicacion, relativa al país más pintoresco de Europa, va apareciendo por cuadernos, algunos con más de veinte grabados. Cada cuaderno cuesta cincuenta céntimos de peseta. Lo recomendamos a los aficionados a los viajes.

CIMARRA HERMANOS, sastres.—Cármén, 15.—No hay establecimiento más acreditado en trajes de niño.

ANUARIO DEL COMERCIO. por Bailly-Baillière.—Me rece bien de nuestro país el Sr. Bailly por la obra importantísima que ha llevado a cabo; la cual, si no exenta de inexactitudes, contiene preciosos datos para todas las personas de negocios.

ZAPATERIA DE NIÑO Lozano.—Cataluña.—Las condiciones de carácter de este establecimiento le hacen acreedor a toda la confianza del público. Varios individuos de Madrid traen de su casa el calzado, a pesar de las molestias naturales que lleva consigo el transporte. No puede darse mayor recomendacion.

CORTE DE PATRONES y trajes de niño. Cármén 31.—Para todo, aun lo más sencillo, se necesita aptitud; el dueño de este establecimiento tiene más que eso: tiene genio. Hay que verle concebir y hacer para apreciar su habilidad.

FARMACIA, CALLE del Pez, núm. 46.—Puede acudir a ella el público, con la seguridad de que no le engañan.

GEOGRAFIA DE ELI de la ciencia, y su obra una maravilla.

VINO DE MESA. Calvo, 6.—Se mueren las gentes ántes de lo que debieran, porque alimentos y bebidas están de ordinario soucadas. Si nuestro periódico pudiera descubrir dónde se venden los artículos de primera necesidad puros, se afanaría por darlos a conocer al público. Estamos seguros de que no porque la intoxicacion sea lenta, deja de serlo desde el momento en que las sustancias nocivas se introducen en los alimentos. Pues bien, tenemos evidencia de que el vino que anunciamos es puro y está hecho con la mayor pulcritud; todas las operaciones con máquina. Nos apresuramos a manifestarlo al público, aun sin permiso del cosechero.

MECANICA DE SOLIDOS, por Eduardo Lozano, catedrático de Instituto. El Sr. Lozano ha hecho una obra concienzuda, propia de su recta inteligencia, que merece el aprecio del profesorado público.

GINER, HERMENEGILDE.—Obras.—Tiene un importante libro sobre Arte, con un prólogo de D. Nicolas Salmeron y otros varios más, así como algunas comedias.

COLEGIO IBERICO. Calle de Leganitos.—Recomendamos a las familias este colegio, dirigido por el Sr. Lange, persona de la mayor inteligencia y rectitud.

LAS COLONIAS.—Prats.—Géneros ultramarinos y conlitteria.—De lo mejor en Madrid en su género.—Arenal, 8.

LAS NACIONALIDADES, por D. Francisco Pi y Margall. Libro escrito con profundidad y elocuencia.

LOS DOS CISNES.—Restaurant.—Calle de Alcalá, 17.—De lo mejor de Madrid. Es invariable en el esmero en servir bien.

DURAND.—ENCUADERNADOR.—Calle de la Grada, 3 y 5. Lo mejor de Madrid en su género.

JOAQUIN COSTA, obras.—La Teoría del hecho jurídico, y otras varias obras de este joven escritor, deben ser señaladas a la atencion del público. Admiran por la erudicion que revelan y la profundidad de pensamiento.

LAS CUENTAS DEL Estado en Inglaterra, Francia y Estado, por M. A. J. Wilson, con introduccion por el marqués de Riscal.—Llevar bien las cuentas del Estado es abhorrar los gastos inútiles al contribuyente. Este, si tiene entendimiento, debe ayudar al marqués de Riscal en su obra de impulsar al Gobierno a que lleve bien l.ª cuenta. Para ello que comience por leer su interesante folleto.

ENCICLOPEDIA POPULAR, ilustrada de Ciencias y Artes, formada con arreglo a la Enciclopedia iconográfica y al «Conversations Lexicon» de Alemania, por F. Gillman. Es un tesoro de cultura que haciendo pasar por los ojos las cosas con su forma y color, ahorra inmensas fatigas al pensamiento.

OBJETOS DE ESCRITORIO.—Concepcion Jerónima, 10. Este antiguo establecimiento, fundado en 1814, merece la confianza del público.—Se venden cerillas sinas muy económicas: a 2 y 2,50 pesetas medio kilo.

FRANCE EN RELIEF. Este admirable mapa de Francia y de parte de la Europa central, es lo más acabado de su género. Deben adquirirlo los establecimientos de enseñanza, con el fin de facilitar a los alumnos el conocimiento de las formas reales del terreno. Paris, Ch. Delagrave, rue Soufflot.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD, por Lafuente.—Hay dos traducciones españolas de esta obra, que es un monumento erigido a la libertad del pensamiento y al progreso, a la vez que al más impalpable proceso contra el clericalismo.

BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA. Infantes, 43.—Suscripcion: 10 pesetas al año. Publica los mejores artículos sobre pedagogía y ciencia.

ELEMENTOS DE MATEMÁTICAS por Baltzer, traducidos directamente del alemán por D. Eugenio Jimenez y D. Manuel Merlo.—No hay comparacion entre los libros elementales de Matemáticas franceses, que usa de ordinario nuestra juventud, y éste que los Sres. Jimenez y Merlo han traducido.—Sólo el poder de la rutina explica que despues de impresos en lengua castellana, se siga enseñando por textos a la francesa.

CERVECERIA ESCOCESA.—Príncipe, 6.—Se da café puro.

MANICOMIO DE CABRANCHAL ALTO.—El nombre del Dr. Ezquerdo, que dirige este establecimiento, del cual es propietario, basta para acreditar su importancia. El doctor Ezquerdo es de los que hacen una religion de su profesion.

LIBRERIA DE GUTENBERG, Calle del Príncipe.—Ofrece esta nueva librería la garantía de que está a su frente una de las pocas personas que conocen el comercio de libros extranjeros.

OBRAS DE DON RAFAEL MARÍA DE LABRA.—La Colonizacion en la historia, «La Abolition de la esclavitud» y otras varias, que deben leer los que se interesen por la redencion del esclavo y por los asuntos coloniales, en los cuales tiene verdadera autoridad, conquistada por sus talentos, el Sr. Labra.

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.—Obras.—Este serio y elevado pensador tiene publicados varios trabajos sobre Derecho político, de propiedad, etc., que deben ser leídos por todo el que aspire a poseer conocimientos sólidos en estas materias.

POLITICA DE CAPA Y ESPADA, por Selles.—Precioso libro, digno del autor de «El Nudo gordiano».

CERVECERIA INGLESA.—Carrera de San Jerónimo.—Es el sitio en que se puede saborear el café puro. Español 1.º

GINER, FRANCISCO Obras.—Pocos países constarán hombres que unan la profundidad de pensamiento y la vasta erudicion que posee este sabio profesor de la Universidad.—Tiene publicados variedad de trabajos, entre ellos: «Estudios de Literatura y Arte», «Enciclopedia jurídica», por Ahrens, traducida directamente del alemán por el Sr. Giner en union de A. G. Linares; «Principios de derecho natural», etc.

ENFERMEDADES DE LOS NIÑOS.—El Dr. Lozano, director de la consulta de la Sociedad protectora de los niños, que vive calle del Pez, 11 duplicado, se consagra a esta especialidad. Lo recomendamos.

ESPECIFICOS.—NO COMPRARLOS.—Sólo un médico inteligente puede determinar la proporcion en que deben combinarse los simples en cada caso, para formar medicamentos compuestos apropiados a la edad, naturaleza y estado de cada dolencia. Por otra parte, el sabio que conoce una verdad, se apresura a ofrecerla para bien de los hombres; los autores de específicos que quieren hacer creer que tienen en su mano la vida de sus semejantes, esconden su secreto para ganarse algunos reales. Es imposible creerlos, hay que juzgarlos más humanos; hasta la infeliz portera de la casa se apresura a decir a sus comadres la clave de remedios que emplea para que los apliquen a los individuos de sus familias cuando están enfermos y sanarlos; ¿había de ser menos un señor farmacéutico? Decir pues, que curarán esto, aquello y lo otro, es una pura broma para hacer la estadística de los bobos que andan por el mundo y reirse a los que se creen sabios, cuando en realidad son número en esa estadística, y cuando éstos enfermo consulta a un médico ilustrado, que sepa lo que padece y las medicinas que le da.

EL MOTIN, PERIÓDICO satírico.—Hay mucho papel impreso que, en apariencia sería, oculta algo bufo. *El Motin*, en cambio, en forma burla, persegue un fin serio.

O SECULO.—PERIÓDICO republicano de Lisboa.—Publicacion tan seria como entusiasta por la libertad y el progreso.

HISTORIA DE PORTUGAL, por A. Herculano.—Desgraciadamente no hay más que cuatro tomos de este monumento de la historia del pueblo hermano, pero ellos bastan para formar idea del genio de Herculano, y penetrar en la entraña de la Edad Media.

Del mismo autor hay ademas: la *Historia de Luíscio*, *Estado de Presbyterio*, *O Monge de Cister*, etc., a cual más admirables.

EL LINARES.—PERIÓDICO bimensual que se publica en la ciudad de su nombre. Es un resuelto acólito de la Republica.

EL ECO BILBILTANO.—Diario sostenido por las fracciones republicanas de aquella localidad. Su ensaño es Republica, honradez, justicia. No debe haber liberal aragonés que le niegue su proteccion.

HISTORIA DE PORTUGAL, por J. P. Oliveira Martins.—Este compendio de la Historia de Portugal es de lo mejor que puede hallarse en obras de este género. Está admirablemente escrita, como cuanto sale de la pluma de este gran literato portugués. Tiene otras varias obras, muy interesantes a los españoles, como la *Historia de la civilizacion ibérica*, *Portugal contemporáneo*, etc.

MAPA DE ESPAÑA de Vogel.—Recomendamos este mapa de nuestra patria, editado en la sabia Alemania, que no tiene igual en cuanto hemos hecho nosotros o han hecho los restantes pueblos extranjeros. Los militares, sobre todo, necesitan imprescindiblemente poseerlo.

ATLAS STILLER.—Magnífico atlas, del cual forma parte el grandioso mapa de España de Vogel. No hay nada más superior en este género. (Librería de Gutenberg, calle del Príncipe.)

TELLO.—IMPRESION de Tello. Tello tiene acreditado su buen gusto en los trabajos de imprenta. Plaza de los Mostenses.

SAINZ Y ROMILLO hermanos.—Almacén de papel. Casa de sólida reputacion. Plaza del Callao.